

## **HUESOS ROTOS** una obra de tontodechoque

### **Capítulo 3: Leviatán**

**En este capítulo hay escenas con desnudos no sexuales, abuso infantil y pensamientos suicidas.**

---

#### ESCENA CUARTA

*La CARNE DE CAÑÓN y EL BUITRE bajando una larga y oscura escalera de espiral. La CARNE DE CAÑÓN delante del BUITRE por motivo doble: ser foco de luz para EL BUITRE y que este no sospeche de la CARNE DE CAÑÓN. La CARNE DE CAÑÓN de nuevo con su capucha y ornamentos en la cabeza. El cuatriunvirato omnipresente y expectante, pero a la vista de nadie.*

EL MONJE: ¿No ven? ¿A que ha salido todo a pedir de boca?

EL AGRACIADO: Debo decir, aunque tenía mis dudas, que ha ido la mar de bien. No pensaba que una idea tan descabellada fuera a funcionar.

EL MÁRTIR: Hombre de poca fe...

EL AGRACIADO: (Se asusta por la aparición del MÁRTIR) ¡Ay! ¡¡Para ya!!

EL VEHEMENTE: Entiendo que "la trampa" ya ha empezado, ¿no?

EL MÁRTIR: Algo así, pero es demasiado pronto para cantar victoria. Aun queda margen de error, así que no lo arruinéis.

EL MONJE: Sí, mi--

EL AGRACIADO: Oye, ¿cómo que "no lo arruinéis"? ¡Tú también estás en esto!

EL MONJE: ¡Señorito! (Se dirige al MÁRTIR) Por favor, disculpe su osadía. Estos niños de hoy en día no hay quién les controle...

*EL MÁRTIR no muestra expresión alguna. EL MONJE traga saliva.*

EL VEHEMENTE: Honestamente, sigo igual de perdido. Pero bueno, cierto es que, sea lo que sea que hayamos hecho, ha dado fruto hasta ahora. Haced lo que os venga en gana. Si me necesitáis, ya sabéis cómo llamarme.

EL MONJE: Oh, ¿se va ya?

EL AGRACIADO: ¡Jooo! Pero si acababas de volver... ¿Quién va a planear travesuras conmigo? ¡Aún no he terminado de pensar cómo desollar a nuestro invitado!

EL VEHEMENTE: No me estoy sintiendo muy fina, y creo que si me explicáis de qué va la trampa esa me voy a poner peor. Me disculpo, pero ya me lo diréis en otro momento. Voy a descansar un rato.

EL MÁRTIR: Pues descansa bien, soldado. (EL VEHEMENTE, EL MONJE y EL AGRACIADO se giran hacia EL MÁRTIR anonadados) ¿Qué?

EL VEHEMENTE: (Sorpresa aparente en su voz) ...Gracias.

*Sale EL VEHEMENTE. Mientras tanto, la CARNE DE CAÑÓN y EL BUITRE siguen bajando el interminable tramo de escaleras.*

EL MONJE: Es posible que hayamos puesto demasiados escalones...

EL MÁRTIR: (Ríe) Bobadas. Le vendrán bien a nuestro invitado para despertarse, le forzará a no caerse de frente y a pensarse dos veces dónde mete las patas.

EL AGRACIADO: Oh, sería tan fácil ponerle la zancadilla...

EL MONJE: Todavía no es la hora. Debemos seguir el plan, tiene que mostrarse sereno por ahora.

EL AGRACIADO: ¡Argh! Ojalá no hubiera ido bien la trampa para que--

EL BUITRE: (A la CARNE DE CAÑÓN, ignorando la existencia del cuatriunvirato) ¿Falta mucho?

EL AGRACIADO: Oh, yo me encargo. (Pone su mano derecha donde estaría el oído de la CARNE DE CAÑÓN y acerca su boca)

CARNE DE CAÑÓN: Por favor, paciencia. Cuanto menos entretengas ese pensamiento, más pronto llegaremos.

EL AGRACIADO aleja su cara del oído de la CARNE DE CAÑÓN y vuelve con el resto.

EL AGRACIADO: ¿Y bien? ¿Qué os parece?

EL MONJE: ¡Espléndido! ¡Maravillosa actuación! Cada vez está aprendiendo más a camuflarse ante nuestro invitado. Es todo un honor ser testigo de su evolución. Si pudiera, aplaudiría.

EL AGRACIADO: Je, je... Si es que yo esto de interpretar lo llevo en la sangre. (Mira al MÁRTIR) No como otros, ¿hm?

*Antes de que EL MONJE pueda reñir de nuevo al AGRACIADO, EL MÁRTIR vuelve a la inexpresividad.*

esté de tu bando, mis compañeros no son tan benevolentes. De no ser porque les he convencido y no sospechan de mí, el dolor que acabas de sentir te hubiera parecido solo una millonésima parte del que te pudieran haber infligido. Siento haberte hecho daño, pero espero que entiendas el por qué de mis acciones. Por qué no podía dejar que jugaran con tus entrañas. A partir de ahora, ándate con mucho cuidado. Haré todo lo que esté a mi alcance para ayudarte, pero hasta mis poderes tienen un límite. Además, mis compañeros son muy astutos, no tardarán en darse cuenta de lo que estoy haciendo por ti. Si pudiera darte todo el tiempo del mundo, te lo daría, pero aun así, no malgastes el que te pueda dar. Tu primer error ha sido venir a esta Torre. No caigas en sus mentiras. Aquí lo único que te espera es desasosiego y traición. Sé que no puedo hacerte cambiar de opinión así como así, por lo que no te forzaré; lo único que te pido es que escuches lo que te voy a decir con mucho cuidado: Por favor, prométeme que, una vez consigas tu objetivo, te irás de esta Torre y nunca volverás. Ese es mi único deseo. He visto a demasiadas almas consumidas por la Torre, y no necesito más víctimas. ¡Por favor, huye! ¡No podré soportar verte caer! Mi mayor pecado es tener un corazón débil con los vivos de tu clase, así que, por favor, no rompas este viejo corazón mío. ¡Tienes que huir! ¡Tú que puedes, debes huir! ¡Eso te permitirá demostrarle al mundo que sigues con vida! ¡¡Así que, cuando hayas terminado con tus quehaceres y no necesites nada más de esta Torre, huye y vive!! ¡Si no huyes a tiempo, será tu fin!

---

Cuando por fin salieron de las escaleras, Sir Vértigo acompañó a Vermillion a un largo pasillo perpendicular a la salida, sin luz natural, y lleno de puertas a ambos lados de las paredes. Siguieron por éste hasta el momento en el que Vermillion pensó que iba a perder los pies de tanto caminar. En frente de donde se habían detenido había una puerta de madera idéntica a las que había visto ya. Vértigo fue quien rompió el silencio:

—Es aquí. Adelante.

La puerta se abrió sola, para la sorpresa de Vermillion. Dentro había una cámara acogedora, más grande que las que había en otros sitios de la torre.

—Pase —, insistió Vértigo.

—¿Es... para mí?

—¡Por supuesto! Debe de haber tardado mucho en venir hasta aquí, así que imagino que estará para el arrastre. Además, ¿no le entró sueño después de esa comilona? Es por eso que quiero que descanse, al menos hasta mañana.

Vermillion volvió a mirar el interior de la habitación, pero sin entrar en ella. Una cama de matrimonio con una mesita a cada lado. Una mesa y tres sillas en otro lado de la habitación. Frente a la cama, un armario con un espejo de plata. Frente a la mesa, otra puerta que probablemente llevase al aseo. Una alfombra cuadrada entre la cama y la mesa. Unos marcos con flores disecadas, espuelas de galán, en tres de las cuatro paredes...¿o se llamaban capuchinas? Una ventana con barrotes en la pared desnuda. Un candelabro en el techo, apagado. El olor floral impregnaba la cámara. Volvió a apartar su mirada.

—¿Por qué? ¿Cuál es el truco? — aquel comentario hizo que Sir Vértigo soltara una carcajada.

—No hay truco, es nuestro deseo que se sienta como en casa. Es lo menos que podemos hacer, ¿no? Ruego no le dé muchas vueltas y duerma bien. Hablaremos mañana al alba... Ah, ¿cómo le gustan los huevos? ¿En tortilla, fritos, hervidos...?

¿Qué mosca le había picado? Antes de que se diese cuenta, Vermillion apareció dentro de su cuarto.

—No desayuno.

—Esa no era mi pregunta.

—...Revueltos. — Vermillion mordió su mejilla por dentro.

—Maravilloso. Nos veremos mañana, entonces. Disfrute de su estancia, — y con eso, cerró la puerta y se fue.

El silencio volvió de nuevo a la habitación. Vermillion supuso que no le quedaba otra que acomodarse, así que decidió quitarse la capa y ponerla en el armario. Dentro de este habían mudas de repuesto por si las necesitara, pero las dejó en su sitio y optó por sentarse en el borde de la cama. Un colchón firme, la colcha era agradable al tacto.

De su pelo sacó el orbe de la catedral e intentó mirar para ver si podía encontrar algo que respondiera a su incógnita, mas ni una sola imagen se mostró en él. Intentó rotarlo e incluso golpearlo, pero su esfuerzo fue en vano; todo intento dio el mismo resultado. Vermillion levantó el artefacto con intención de estamparlo contra el suelo, pero se lo pensó dos veces al recordar que era de cristal, así que optó por dejarlo en la mesita de mala manera. Tras suspirar y dejar los codos sobre las rodillas, se apuró para sacar la daga de su bota y la nota que se guardó en la biblioteca y ponerlas en la mesa.

Esa última se convirtió en el objeto de su atención. Comenzó a leerla una y otra vez, intentando descifrar cualquier cosa que descansase entre líneas, más allá de las palabras. Trazó su garra por el papel sin cesar, analizando cada letra minuciosamente. La tinta se secó hace mucho tiempo, así que no temió por que se corriera y se manchase. Trazos redondeados y pacientes impregnaron su vista, tatuándolas en su memoria de manera que las podría recitar si alguien se las preguntase. Cualquier persona que entrara a la habitación se pensaría que intentaba calcinar la hoja con su mirada.

Palabras rebotaban en su mente mientras investigaba los cajones de la mesita. Murmuró trozos de lo que había leído a la vez que buscaba algo para escribir. De uno de ellos sacó un libro de invitados, un bote de tinta azul y una pluma, y los trajo a la mesa sin ni siquiera cerrar el cajón. Hizo caso omiso a las palabras de gratitud de las primeras páginas y fue directamente al final para ir arrancando hojas al escribir. Comenzó copiando el texto entero, y después se puso a anotar cualquier tipo de conclusión a la que hubiera podido llegar con tanto análisis. Arrancó una hoja del libro, dos, tres. Apuntó todo lo que se le pasaba por la mente que pudiera explicar la incógnita de su situación.

¿Por qué? ¿Por qué el cambio de parecer? ¿Por qué la hospitalidad? Vermillion pensó que al analizar sus palabras, o lo que quedaba de ellas, llegaría a la clave de entender sus motivos. Si X fuera la razón de su cambio de chip, entonces, según elle, X = algún lugar de aquella nota. Lo único que tenía que hacer era resolver la incógnita; nunca fue especialmente habilidoso en matemáticas, pero al menos sabía hacer eso. Tenía que averiguarlo. No pudo haber sido por lo de los cuernos, eso hubiera sido demasiado fácil. Si quería ser precavido, debería encontrar esas intenciones ocultas que tan segura estaba que existían lo antes posible. Para elle,

EL MONJE: ¡Eso no importa ahora! Lo importante es que ha vuelto a nosotros. Su decisión ha sido la correcta, y la más sabia, si me permite. ¡Es un honor recibir su presencia una vez más! Le damos la bienvenida de vuelta.

EL AGRACIADO: (Todavía en la otra punta del archivo) ¿Habéis acabado ya? Me sabe mal que sea yo quien interrumpa vuestro momento especial, pero tenemos cosas más importantes que hacer, ¿no creéis? Oh, y buen trabajo, supongo.

EL VEHEMENTE: Gracias. Escogí el archivo porque, dadas las circunstancias, tenía la convicción de que nuestro invitado encontraría algo de valía.

EL AGRACIADO: Ah, ¿conque la idea del archivo también fue mérito tuyo? ¿Por qué no lo has dicho antes? De haber sabido que eras tan prudente con tus elecciones, te hubiera encomendado a ti personalmente encargarte de nuestro invitado.

EL MONJE: Señorito, aún es joven y no tiene experiencia. Lo siguiente lo digo sin afán de ofender, mas no creo que se le haya podido ocurrir algo así.

EL AGRACIADO: ¡Seguro que se me hubiera ocurrido algo mucho mejor que lo que tú hubieras pensado en una eternidad! De no ser porque se me fue robado el conocimiento, tengo la certeza de que mi preciosa y privilegiada mente hubiera ideado una habitación cerrada de lo más excelente. Y entonces os arrodillaríais ante mí y me aceptaríais como vuestro legítimo superior.

EL VEHEMENTE: Aquí los cuatro tenemos el mismo rango.

EL AGRACIADO: ¡A callar! No me hagas retractar mi veredicto. ¡Sé agradecido! En fin, ¿nos vamos? Quiero un vasito de leche caliente antes de acostarme.

*EL AGRACIADO se prepara para salir del archivo, EL VEHEMENTE hace de llevarse el cuerpo del MÁRTIR, pero EL MONJE se lo lleva en su lugar. Los cuatro salen de la habitación, pero solo EL VEHEMENTE se queda en el escenario, junto al BUITRE. Mientras ve al resto irse, se le acerca y le pone la mano derecha sobre el hombro.*

EL VEHEMENTE: Vermillion. Sé que no puedes verme ni oírme en este estado, pero tengo el deseo de que te llegue mi mensaje, así que no me queda más remedio que hablar. Tú no me conoces, pero mentiría si dijera que nunca nos hemos visto, por lo que haz el favor de, si de alguna manera me estás escuchando, prestar atención. Necesito que entiendas que el encerrarte en el archivo y forzarte a ver aquella cosa que tanto querías evitar fue algo que hice para protegerte. No tengo ni idea de lo que contiene aquel documento, pero tampoco necesito saberlo. Puedo intuir a la perfección que es algo que desearías olvidar, así que no te juzgaré si decides no revelar su contenido. El mal que te he causado ha sido solo una fracción de la crueldad que puedes llegar a sufrir. Has tenido suerte de que uno de nosotros

## ESCENA SÉPTIMA

*La CARNE DE CAÑÓN sale del escenario, EL BUITRE aún en el pasillo echa la vista atrás hacia el archivo. EL AGRACIADO, EL MÁRTIR y EL MONJE aparecen dentro sin que nadie les pueda ver.*

EL AGRACIADO: (Dirigiéndose al cuerpo inmóvil del MÁRTIR) ¿Por qué no has sido tú quien ha dado el golpe de gracia? ¡¿Es que lo que te digo te entra por un oído y te sale por el otro?! ¡¡No eres más que escoria!! ¡Siempre nos dejas solos, no es justo!

EL MONJE: ¡¡Señorito!! ¡Esas no son maneras de hablarle a las personas! Discúlpese ahora mismo.

EL AGRACIADO: (Saca la lengua) ¡De eso nada! No es mi superior, ni tú tampoco, viejales. De no ser porque me entretienes, ya me hubiera deshecho de ti.

EL MONJE: ¡¿Viejales?! ¿Cómo que viejales? ¡T-todavía no tengo ni una cana!

EL AGRACIADO: ¡Vaya! ¡Pues no lo parece! De todas formas, no es contigo con quien me quiero enfadar, así que mejor no te interpongas, ¿quieres? Laméntate por tu intento fallido de aplastar a nuestro invitado en su lugar.

EL MONJE: ¡Será posible! ¿Cómo se--? Espere. ¿No fue usted quien creó la habitación cerrada del archivo con la pared de piedra?

EL AGRACIADO: Me gustaría haberlo sido, pero *alguien* me prohibió hacer nada mientras se echaba la siesta. Ya decía yo, con lo incompetente que eres no me extraña nada que no hayas sido tú.

EL MONJE: Pero, entonces, ¿quién...?

LA VOZ DEL VEHEMENTE: Fui yo. (EL VEHEMENTE entra en el escenario. Se queda en la entrada del archivo, justo al lado del BUITRE) Yo fui quien bajó la pared y le encerró en el archivo. Hizo un buen trabajo atrayéndole hacia el portal, puesto que nos daba tiempo a prepararle una emboscada; pero no nos podemos permitir acabar con su vida todavía, ¿verdad? Tenemos un plan que cumplir, después de todo.

EL MONJE: (Se acerca a la puerta corriendo, alegre) ¡Lo sabía! ¡Sabía que al final entraría en razón y volvería con nosotros! ¡No sabe cuán feliz soy de verle de nuevo!

EL VEHEMENTE: Amigo mío... tus palabras movieron mi corazón, y tras un breve paréntesis de reflexión he aceptado lo que sé que es cierto. Estoy dispuesta a darlo todo si resulta en el cumplimiento de nuestro objetivo en común. Ha debido ser duro para tí y para el resto asimilar mi ida, y por eso me disculpo. Al final, acabé dándoos un disgusto para nada.

no existía otra explicación que no fuera esa, el último empujón que necesitaba era encontrarlas. No se despegó de la mesa durante horas. Cuatro, cinco, seis folios salieron del libro. Escribió tan rápido que el bote de tinta estuvo a punto de verterse en varias ocasiones.

El ocaso se asomó tímido entre los barrotes. Hacía media hora que cesó su búsqueda de la verdad, sin fruto alguno por su esfuerzo. Al salir del aseo contiguo, deshizo la cama sin mucho ímpetu para tumbarse. Poco tardó en sentirse incómodo, así que volvió a levantarse para al menos quitarse un poco de ropa. Volvió a la cama y se arropó. Entre la rigidez del colchón, la poca firmeza de la almohada, lo finas que eran las sábanas y todas las incógnitas sobre Vértigo, esa noche apenas pudo pegar ojo. Concentrarse en dormir le sirvió de poco, pero al menos tuvo el privilegio de echarse una corta cabezadita.

---

Año 1, día 3 de octubre:

La Gracia de Dios me ha sonreído una vez más.

(...)

---

Dieron las 8 cuando tocaron a la puerta del pasillo. Su despacho estaba impoluto, salvo por la pila de documentos que necesitaban su atención en el escritorio. La gran mayoría eran meros formalismos propios de su posición: solo para poner un sello y firmar. Es por esto que recibió la llamada como un buen presagio; ya se estaba cansando de escribir, de todas maneras.

—Pasa, está abierto, —respondió sin apartar la mirada del papeleo.

Pero la puerta no se movió. Qué raro, su casco no solía ser un impedimento para que su voz fuera alta y clara.

—¡Puedes pasar!

Sin importar cuánto alzase la voz, la persona al otro lado parecía no escucharle. Chasqueó la lengua mientras se levantaba de su asiento de mala gana. Su parecer cambió en menos que canta un gallo, pues había comenzado a ver esta interrupción como una molestia. Si la persona del pasillo ni siquiera era lo suficientemente competente como para escucharle, seguro que tampoco merecía la pena oír lo que le tuviera que decir. Al llegar a la puerta, giró el pomo con fuerza.

Abrirla fue más interesante de lo que hubiera pensado. El pasillo estaba vacío por completo, no había nadie. Miró a ambos lados para confirmarlo una vez más: en efecto, no había sitio alguno por el que esa persona pudiera haberse escondido. Descartó también la posibilidad de que se hubiera atracado en algún otro despacho; lo hubiera oído poco después de que llamaran. ¿Le estaban tomando el pelo? Mocosos insolentes... Antes de cerrar la puerta de manera incluso más brusca, se percató de un folio en el suelo frente a la entrada de su despacho.

No, no era un folio, era una carta. Recogió el sobre del suelo y ojeó con rapidez el anverso y el reverso. No había remitente ni destinatario, pero sí un bonito lacre con motivo de hortensias. Usó su garra derecha para romper el sobre, sin darle mucha importancia. No tardó en leer la carta poco después de desdoblarla, pero su contenido era de lo más críptico. Narraba la historia de una persona que fue salvada con una única moneda. El autor parecía ser quien había recibido tal salvación. Estaba escrita de manera irregular, sin entrar mucho en detalles, con prisa y mala letra. Leerla era toda una hazaña.

Dudó de la veracidad de lo descrito. Para ser sinceros, es poco creíble que una persona pudiera ser salvada con una sola moneda. Si tuviera un rico benefactor que saldase todas sus deudas, eso sería otra cosa, pero una moneda no sirve para salvar nada. A no ser... ¿que fuera una moneda extranjera y su valor superase con creces al del sol[^1]? Sería un poco rebuscado, pero plausible. A decir verdad, no entendía por qué había recibido tal escrito. Contempló la posibilidad de haber abierto correo ajeno, ya que el sobre no tenía nada escrito. Quienquiera que fuera el verdadero destinatario, seguro que hubiera entendido lo que quería decir el autor. Lo único que podía hacer, como no tenía contexto, era especular.

Apartó sus ojos de la carta para retornar a su despacho. Al darse la vuelta en la entrada, se quedó de piedra. Una armadura roja había aparecido cerca de su escritorio. El casco le estaba mirando fijamente.

Vermillion se despertó.

Se echó de inmediato la mano a la cabeza y estremeció de dolor. Haber leído tanto le había frito el cerebro hasta el punto de soñar cosas sin sentido. Hizo una nota mental de no darle más vueltas, al menos justo antes de irse a la cama. Por los barrotes se asomaba la luz de la luna, todavía quedaban varias horas hasta que Sir Vértigo viniera a por él. No obstante, quería aclarar su mente antes de volverse a dormir. Aprovechó el barreño y la jarra del cuarto de baño para asearse. El agua fría recorriendo su cuerpo fue suficiente para decelerar el latido de su corazón y devolverle al mundo real. Tras haberse secado y puesto las mudas del armario, así como su capa, agarró una de las sillas para sentarse, apoyando los pies en la mesa y cruzando las manos detrás de su cabeza.

caída, calcinación, muerte súbita. El método daba igual, mientras llegara a su destino final. Si no podía enmendar sus errores en aquella vida, quizá había llegado el momento de dejar que el resto del mundo girara.

—¿Sigues ahí?! — una voz al otro lado de la pared le trajo de vuelta a la realidad.

Sir Vértigo estaba de vuelta. Pese a saber lo que había hecho quería salvarle. Quería tenerle como visitante. Quizá pretendía que Vermillion se pensara que no sabía nada para no alarmarle. Una buena jugada. No tardó en decidir que debería seguirle el juego. No quería afrontar la revelación, así que cuanto más la pudiera posponer, mejor. Puso el archivo de Blanca dentro de la sección D y cerró el cajón.

—¡Ya era hora! — su intento de recobrar la compostura fue eclipsado por su voz agitada.

—¡Perdón por tardar tanto, lo hice lo más rápido que pude! — todo apuntaba a que no había notado su cambio de tono. —Ya puedo sacarte, un segundo.

Al momento de haberle avisado, la pared desapareció hacia el techo y los dos volvieron a encontrarse cara a cara. Vermillion le estudió, todo su ser desprendía preocupación por lo que le hubiera haber pasado dentro del archivo. Aquello significaba que estaba en lo correcto. Tenía que disimular.

—¿Te encuentras bien? — le preguntó él.

—Sí. Ahora mejor.

—¿En serio? Estás temblando. — Se acercó para darle la mano, pero Vermillion la rechazó. Al levantarse del suelo sí que pudo notar que él tenía razón.

—¡Sí, sí, de verdad! Es que... las... las habitaciones pequeñas me ponen de los nervios. Pero ya se me ha pasado.

Era obvio que todavía no se le había pasado. Tenía la mirada perdida, los puños cerrados y la espalda muy recta. Su pecho ascendía y descendía con rapidez. La manera en la que le contestaba tampoco corroboraba su coartada.

—¿De verdad? ¿Necesitas que te-

—Sir Vértigo. Estoy. Bien.

Tras haber escuchado su nombre, algo dentro de sí hizo que cesara de insistirle. Volvieron a entrelazar miradas una vez más. Ninguno de los dos supo qué hacer. La mano derecha de Vértigo aun seguía en el aire, preparada por si Vermillion se desmayara en cualquier momento. Pero eso nunca sucedió.

—De acuerdo.

Y salieron.

significado de la sección D, era obvio qué representaba la sección A. Regresó las carpetas a su sección y comenzó a mirar por las de la sección A.

Movió carpeta tras carpeta, viendo varios nombres sin importancia. Pero uno de ellos hizo que parara su búsqueda. Sacó la carpeta donde estaba aquel nombre con cuidado. Dudó en si abrir el documento o si dejarlo donde estaba y hacer como si no lo hubiera visto. Tras barajar las posibilidades, terminó cediendo y miró en su interior. No le hacía falta mirar el apellido para saber de quién se trataba. Solo el nombre era suficiente: Blanca. Un retrato de una niña de unos siete u ocho años. Tenía la mano izquierda vendada. Su fecha de nacimiento era la correcta. Quedó redactado en el documento que nació morena, pero que para los cuatro años su pelo ya se había vuelto completamente blanco. Poco tiempo después de haberse recuperado de la mano, había sufrido un altercado que había dejado secuelas visibles en su cabeza. También decía que, pasados unos años después de que se le hiciera el retrato, no se la volvería a ver jamás. La declararon ausente hace más de veinte años, pero sus padres no habían perdido la esperanza de encontrarla. Sin embargo, según el testimonio de los padres, no conocían a nadie que pudiera haberla secuestrado o que tuviera algún tipo de problema con la familia para causarles tal grado de dolor.

Vermillion agarró el papel con fuerza. Su ritmo cardíaco estaba aumentando. ¿No la encontraron? ¡¿No la encontraron?! ¡¡Argghhh, joder!! ¿Por qué? ¡¿Si no la encontraron, por qué rayos estaba en A y no en D?! ¡¿Por qué no estaba en D?! ¡¡Habían pasado veinte años!! ¡¡Veinte años!! ¡¿Qué tipo de daño cerebral les hacía pensar que la encontrarían después de veinte malditos años?! ¿Era porque no dejó rastro? ¡¿Acaso fue eso por lo que decidieron seguir buscando?! ¡Idiotas! ¡¡Aquellos incompetentes nunca serían capaces de encontrarla en un millón de años!! Y era todo por su culpa. ¿Por qué tuvo que esconder su cuerpo tan bien? Cayó de rodillas al suelo.

Solo de pensar en que un documento así no solo existiera, sino que hubiera estado al alcance de cualquiera que trabajara en la torre, le entraban dolores de cabeza. Incluso podría haber estado al alcance de... no. No, no, no, no podía ser. ¿Era por eso que Sir Vértigo le trató como escoria el primer día que entró a la torre? No cabía duda.

Él lo sabía. Sabía lo que era y sabía lo que había hecho. No podía soportar el pensar en que alguien más lo supiera. Volvió a recordar la falta de ventanas en el momento en el que se percató de que estaba hiperventilando. Comenzó a barajar la posibilidad de agotar todo el aire de la sala y asfixiarse allí mismo, o bien confrontar a Sir Vértigo y hacer que él mismo le decapitase por lo que hizo. Ambas opciones le parecían más misericordiosas que permitir que le salvara. No podía permitirse vivir sabiendo que alguien más había descubierto uno de sus peores secretos. No podía aguantarlo. Necesitaba que sus pulmones se vaciaran. Le entraron ganas de beber hasta acabar con su vida. De morir de hambre. Decapitación, envenenamiento, desangramiento, ahogamiento, aplastamiento,

Se puso a mirar la ventana. Le era difícil, pero podía ver alguna que otra estrella en el cielo acompañando a la luna. Aparte del cielo, no había otra cosa que realmente pudiera mirar. Ni siquiera era capaz de ver el suelo si se acercaba a la ventana, mucho menos el horizonte. Con todas las escaleras que habían bajado pensó que estaría bajo tierra, pero al parecer Sir Vértigo había hecho de las suyas otra vez. ¿Cuán alta era la torre en realidad? No parecía demasiado alta desde fuera, sin embargo...

Una garza luz le distrajo de sus pensamientos. Se escapó por debajo de la puerta de su habitación, yendo de izquierda a derecha hasta esfumarse. Vermillion agarró la daga de la mesa por instinto y se acercó a la entrada. Echó un vistazo rápido al entreabrir la puerta; el sonido de bisagras sin aceitar le acompañó. Ahí estaba. En efecto, Sir Vértigo se encontraba al final del pasillo, brillante. Se había parado y estaba de espaldas a Vermillion, pero no tardó en sacar una llave y abrir una de las habitaciones contiguas. Así, desapareció procurando no hacer ruido.

¿Eran sus aposentos? ¿El grandioso Sir Vértigo dormía en una habitación de invitados? No, no era posible que alguien de su calaña durmiese con el resto de los mortales. De seguro estaba patrullando y nada más, al fin y al cabo era la única persona que cuidaba de la torre. Sí, solo patrullando. Nada de lo que preocuparse. Vermillion podía felizmente olvidarse del asunto y volver a la cama sin preocupaciones.

¡Pero, joder, quería saber lo que tramaba! ¿Sería buena idea seguirle? Con su sigilo característico no debería ser gran problema, pero no podía arriesgarse demasiado. Su curiosidad fue rápida en hacerle olvidar que se había levantado para relajarse, no para hacer trabajar más su mente. Tenía la certeza de que aquello era una trampa para hacerle salir de su habitación, y lo podía demostrar.

Por una parte, la dirección en la que Sir Vértigo pasó. La luz apareció de izquierda a derecha, así que había tenido que ir en la misma dirección. Al acercarse a la puerta, Vermillion utilizó la mano izquierda para entreabrir la, y la tuvo que empujar. Esto significaba que el pomo se encontraba en la parte derecha de la puerta, y las bisagras en la parte izquierda. No le hubiera dado importancia la visita de Sir Vértigo si hubiera tenido que estirar para abrir la puerta, o si el pomo estuviera en el otro lado, ¡o incluso si hubiera pasado por el pasillo de derecha a izquierda! Sin embargo, la suma de estos factores hacían que las posibilidades de que Vermillion le viera aumentarían.

Si hubiera pasado de derecha a izquierda, hubiera sido más difícil verle, ya que la puerta cortaría su rango de visión. Si el pomo de la puerta estuviera en la izquierda, tampoco podría ver demasiado debido a la puerta. Y si la puerta se abriese estirando, sería la pared la que impediría que Vermillion viese nada.

Por otra parte, había notado la presencia de Sir Vértigo por la luz que se asomaba debajo de la puerta de su habitación. Ya sabía de antes que era capaz de regular el nivel de su brillo, por lo que deliberadamente lo aumentó para que Vermillion notase la luz pasar y así se asomara para verle.

Por último, se había quedado quieto al final del pasillo. Para cualquier otra persona, esto habría sido natural, en tanto que estaba buscando una llave para poder entrar en la habitación del final. Sin embargo, Vermillion tenía la convicción de que fue una estratagema para asegurarse de que le viera. Sea como fuere, el mero hecho de quedarse allí plantado sin moverse era garantía suficiente.

No quedaba duda alguna: era una trampa de manual. De todas maneras, pese a saberlo, decidió salir de la habitación con pies de plomo y seguirle. Inaudibles pasos llegaron hasta la puerta al final del pasillo, y su garra giró el frío pomo.

---

Viernes por la tarde. Ella llegó puntual y esperando lo peor, elle ya le estaba esperando.

—¡Dutchess!

Su entusiasta voz le pareció artificial. No respondió.

—¿Ni un "hola" ni nada? — Vermillion aguantó su cabeza en su mano izquierda, su codo en el reposabrazos. %% tu ere e jordi wild %%

—Acabemos con esto lo antes posible, por favor. — cerró la puerta detrás de sí y se acercó al escritorio.

Al inicio de su relación, la lista de problemas que llevaba para su revisión era bastante notoria, aunque con el paso del tiempo fue menguando. Esta disminución, no obstante, no se traducía en una mejoría significativa de semana a semana. De hecho, su dificultad para seguir con las materias que cursaba no había cambiado. Lo que sí que había cambiado era la impresión que tenía de su profesore, de razonable y algo estricto a insoportable y exigente. Estaba claro que nadie de esa sala quería estar allí, así que Dutchess decidió hacerles un favor a los dos y concentrar las dudas que pudiera tener a solo las más severas. Ella misma se apañaría con el resto, de la manera en que pudiera.

Muy poco quedó de su vida social. Ya de por sí era escasa, pero sus problemas con las asignaturas hacían que se quedara más tiempo ocupada con sus estudios, cosa que empeoró las relaciones con sus amigos. No era extraño que se quemase estudiando, y que la gente que consideraba parte de su círculo interno la rechazara por no pasar tiempo con ellos tampoco ayudaba. El colmo era que dependía de Vermillion para al menos tener una oportunidad de aprender alguna cosa, aunque dicha oportunidad fuera mínima. Tampoco pedía mucho, la chica; solo con aprobar ya se contentaba.

algunas a las que no les favorecía para nada el retrato que le habían hecho. Le ganó la curiosidad y decidió buscar una página en específico, y tras unos minutos la encontró. ¡Verdi Spinto! Ver su retrato le hizo gracia, por alguna razón. Era igual que en el del pasillo; se ve que Vermillion no se había dado cuenta hasta entonces de que ambos tenían el mismo aspecto. ¡Menudo pelazo! Se imaginaba que sería de un color distinto, pero el castaño oscuro no le quedaba mal, y tampoco tardó en acostumbrarse a su piel bronceada y ojos marrones. Aun así, lo que le chocó más fue verle sin las quemaduras de la cabeza y cara. Era como mirar a una persona diferente. Obviando aquello, se percató de que todos los caballeros tenían cuernos, de una manera o de otra. ¿Era requisito o qué? Optó por no darle más vueltas y devolver la carpeta a su sitio.

Abrió el siguiente cajón, el cual estaba hasta los bordes de carpetas, separadas por cada letra del abecedario. Vermillion pasó sus garras por las carpetas en un intento de encontrar algo interesante, al parecer solo eran fichas de gente común, los separadores indicaban las iniciales de sus apellidos. A decir verdad, le inquietaba que la vida de tantas personas estuviera plasmada en una única hoja, pero tampoco se le ocurría un sistema mejor para documentar su existencia. Una vez se hubo cansado de inspeccionar tantos nombres y retratos, abrió otro cajón, pero este solo tenía dos secciones: "A" y "D". Qué extraño, ¿no debería haber secciones "B" y "C" en medio de las otras dos? Un vistazo sobre los documentos marcados como D mostró que las personas en ese cajón no tenían un apellido que comenzase por aquella consonante. Entonces, ¿qué era lo que hacían allí? A lo mejor el apellido no era lo que estaban categorizando aquellos separadores.

Sacó varias carpetas de la sección D y las miró a fondo. Todas eran personas corrientes. Ninguna de ellas se conocía entre sí, ni siquiera vivían en el mismo sitio. Sus edades eran también dispares. Ningún nombre ni ningún apellido se parecía. El aspecto de todas aquellas personas era diferente. Unas llevaban gafas, otras camisas, otras jerseys, otras chaquetas, otras el pelo recogido, otras el pelo suelto, otras llevaban pendientes, otras tenían bigote, otras tenían alopecia. Todas tenían cuernos. Pero aquello no tendría por qué ser importante; las personas del otro cajón también los tenían y estaban ordenadas alfabéticamente. Ninguna herida en común, ninguna fractura en común, ninguna cicatriz en común. Ni siquiera las fechas de nacimiento tenían algo que ver las unas con las otras. ¿Qué era exactamente lo que las categorizaba como D y no como A?

Un segundo. ¿Las... fechas de nacimiento no tenían nada que ver las unas con las otras? Sí, era cierto, pero había algo más. No solo no tenían que ver entre sí, sino que las fechas de nacimiento tampoco coincidían con sus edades descritas. Era imposible que una persona nacida hace cincuenta años tuviera veintitrés. Así que de eso se trataba, debía haber obviado las fechas de defunción. Eso era lo que tenían en común. Eso era lo que significaba D. Entonces, teniendo en cuenta el



—¿Sigues ahí?! ¿He abierto la puerta a tiempo? — esta vez su voz fue más clara.

—Sigo con vida... —gimió.

—¡Oh, menos mal! No sabía si iba a funcionar... No puedo mover ninguna otra pared, pero no te preocupes, encontraré una manera de sacarte de ahí.

—Sí, no quiero quedarme sin aire.

Vermillion se levantó con prisa mientras él intentaba desesperadamente lo que fuera para poder liberarle. La pared no parecía moverse pese a los intentos de Sir Vértigo, o al menos eso pensaba. No podía ver lo que estaba haciendo con sus propios ojos, así que tampoco tenía la certeza de que estuviera haciendo algo para ayudarlo. Lo que sí que podía era oírle murmurar través de la pared. Al cabo de unos instantes, habló alto y claro:

—Vale, creo que sé qué hacer. ¡Resiste, ahora vuelvo!

Por el silencio que siguió, pudo averiguar que se había ido de verdad. Bueno, lo único que podía en aquel momento hacer era esperar hasta que volviera. La habitación tampoco tenía ninguna ventana o pared por la que escabullirse, así que decidió investigarla para matar el tiempo.

A primera vista, daba la impresión de que era una oficina, pero la cantidad de estanterías, libros y papeles amontonados en todo lugar hizo que cambiara de opinión. El archivo estaba repleto de polvo, pero no daba la impresión de que estuviera descuidado. Lo iluminaban varias lámparas de aceite de forma sutil, aunque también hubieran sido útiles para deshacerse de documentos innecesarios. Pese a tratarse de una cámara grande, la suma de todos los muebles esparcidos de cualquier manera le hubiera dado angustia a más de uno por el poco espacio libre que quedaba.

Se aproximó al primer archivador que le llamó la atención y comenzó a buscar. Todos los cajones estaban repletos de carpetas, documentos y registros, ordenados en un sistema que no acababa de comprender. Sacó uno de los registros al azar; tenía una marca de agua en la portada, un escudo de un ave con las alas al vuelo y la cola de una serpiente. Al abrirlo, se dio cuenta que contenía una descripción de los tesoros de la torre y en qué sala encontrarlos. Espadas encantadas, estatuas, artículos mágicos, escobas, vestidos, armaduras, escritos, obras de arte... ¡Eureka! ¡Se lo iba a pasar en grande descubriéndolos! Las indicaciones no le iban a servir de mucho, dado que se podían cambiar el orden de las habitaciones, pero le servía igual. Decidió que quería seguir leyéndolo más adelante, así que se guardó el registro en el pelo y pasó a investigar otra cosa.

Al abrir otro cajón sacó una carpeta diferente. Poco tardó en descubrir que se trataba de un registro de caballeros de la torre, clasificados por orden de entrada. Al pasar las páginas veía una cara completamente nueva pintada en acuarela. Había

Mientras Vermillion y Dutchess trabajaban, lo hacían sin ningún tipo de interés sobre lo que el otro tuviera que decir. Muchas veces ni se miraban a la cara. Cualquier comentario inoportuno era ignorado y descartado de la conversación de forma automática, en tanto que no era merecedor de la atención de nadie que se encontrara entre esas cuatro paredes. Esta realidad fue consolidándose a medida que pasaron las semanas.

Era inútil, la mala suerte la perseguía allá donde fuera. Justo en el momento en el que comenzaba a pensar que cambiaría su suerte, se había quedado ligada a una persona respecto de la cual había cometido el pecado de idolatrar.

Al abrir su bolsa, a Dutchess se le cayeron unos folios de la libreta que había sacado. Vermillion se agachó para recogerlos, pero ella le detuvo con rapidez, demasiada rapidez. Con un breve movimiento de brazo, los volvió a guardar en la parte de atrás de su libreta; al parecer a la chica no le llamaban demasiado los carpesanos.

—¿Qué pasa? ¿Ya has escrito tus primeras cartas de amor? ¿O es que las estás recibiendo? Debe de ser muy vergonzoso, ¿verdad? — intervino Vermillion.

—¡Ja! Claro, como si alguien se llegase a interesar en una cara como la mía.

—¿Pero qué dices, mujer? Eres muy maja y trabajadora, seguro que le haces tilín a más de uno. ¡No te menosprecies así!

—Ya, porque para eso está usted, ¿no? — le miró a los ojos, su mirada vacía.

—B-bueno... centrémonos en tus apuntes...

Tras ese inicio forzado, las dudas fueron resueltas una a una con dificultad, como de costumbre. "Conque era así", "pues claro", "ahora sí lo entiendo", "me había complicado de más", "¿en serio?", "me parecía más difícil".

Tanto une como la otra sabían que no iba a cambiar nada. Las notas de Dutchess no mejoraban sin importar cuanto aprendiera. El aprobado era excepción, el suspenso la regla general. A ninguno le hacía gracia malgastar horas de su tiempo libre de semejante manera, pero Vermillion era a quien más se le hervía la sangre. Se reclinó en su silla:

—Esto es perder el tiempo, ¿no te parece?

—¿Por qué? ¿Por lo fácil que es para usted resolverlas? Debería sentirse orgulloso, no todo el mundo es tan bueno entendiendo este tipo de cosas.

—No, lo que vengo a referir es que realmente no importa lo que hagamos aquí, ¿no crees? De todas maneras te vas a acabar olvidando en el examen, o después de hacerlo.

—¿Disculpe? — se defendió Dutchess—. Oiga, le recuerdo que esta fue su idea, no la mía. La decisión de ayudarme fue completamente suya, lo mínimo es que tome un poquito de responsabilidad, ¿no? Vamos, si no mejoro, no creo que esté haciendo su trabajo muy bien.

—¿Cómo que no?! Sales de aquí con cero dudas, lo que te olvides cuando salgas y llegues a casa no es culpa mía. ¡Solo faltaría, hacerme responsable por algo que no puedo cambiar!

—¡Pero sí puede cambiarlo! Ya le he planteado la posibilidad de cambiar el método de evaluación, estoy segura que a más de un alumno también le sentará mejor hacer un trabajo que no un examen.

Al volver a oír la palabra "trabajo", los oídos de Vermillion comenzaron a pitar. Aquella chica se repetía más que el ajo, pero no iba a funcionar. A decir verdad, le traía sin cuidado cualquier excusa que le ponía; estaba claro que su esfuerzo no era suficiente según los estándares académicos. Era el deber de Vermillion velar por la paridad de los alumnos a la hora de examinarse. No importa cuanto intentara engatusarle, no se la iba a colar con tanta facilidad. Ya se estaba cansando de sus numeritos, de todas maneras.

—Si tan mal explico, ¿entonces por qué no te vas a otra academia? Tú y tus amiguitos estaréis mucho mejor sin mí, ¡y lo mismo puedo decir yo! — gritó. Acto seguido, le dio la espalda a Dutchess para buscar entre estanterías y archivos—. De hecho, deja que mire tu ficha, me aseguraré de que tengas plaza en un nuevo colegio para antes de la semana que viene.

Una cacofonía de papel chocando contra papel. Cientos de nombres y documentos se reflejaron en sus ojos. Pasó frenéticamente los dedos por carpetas en un intento de encontrar la ficha. Listado de alumnos inscritos... Dutchess se inscribió en el año... Documento A, B, C... El apellido de Dutchess era... La información de contacto era... Los documentos de inscripción de aquella academia estaban en...

La adrenalina, el éxtasis de la búsqueda le hizo olvidar que estaba ligada al resto del mundo. En aquel momento, Vermillion era la única persona que existía, la única en la que podía contar de verdad. Un universo de una sola persona. Muchas veces había experimentado este estado, incapaz de comprender el contexto en el que existía. No, no era eso exactamente, sino que él solo era capaz de crear un universo donde solo él podría entrar, sin importar las circunstancias, sin importar el contexto. Era capaz de crear universos, verdades absolutas, sin la ayuda de nadie; solo su cerebro era suficiente. En el reino de la consciencia, cualquier opinión contraria a las bases del universo era descartada ipso facto. La barrera que él mismo había erguido era sublime y no caería ante quienquiera. Sin embargo, cinco palabras fueron suficientes para crear una brecha y devolverle a la tierra:

—Rouge no hubiera permitido esto.

—¡No me refería a echarte! —ambas de sus risas se acabaron extinguiendo. —Es solo que... ah, es difícil de explicar.

—¿El qué?

Al girarse Vermillion para verle de nuevo, él todavía estaba dándole la espalda, con la mirada clavada en el horizonte. Su brillo azul difuminó el de las estrellas hasta el punto de que parecieran partículas de polvo. Su túnica se mecía con un movimiento sutil de viento mientras negaba con la cabeza.

—Estoy intentando buscar las palabras, pero nada. Al parecer, el don de la labia no está de mi parte hoy.

—Oye, al menos mira el lado positivo. Tienes todo el tiempo del mundo para encontrarte a ti mismo.

—Supongo... pero eso no me tranquiliza. Esperar a un mañana que nunca viene es lo mismo que esperar mil años.

Vermillion se mordió el labio.

—...Al menos tú tienes un mañana al que esperar. — El viento cesó.

—¿Qué te hace decir eso?

Volvió a tornarse hacia Vermillion. Los dos cruzaron sus miradas durante lo que se sintió como una eternidad. Y entonces, otra punzada.

—Hay algunas cosas de las que no me puedo redimir. —La presión ganó a Vermillion y rompió el contacto visual antes que él. Optó por observar su mano izquierda en su lugar.

—Estoy seguro--

Antes de poder haber terminado su frase, el portal fue cerrado con una pared de piedra que cayó desde el techo.

—¡Oye! ¡¿Qué te pica?! — Vermillion se acercó a la nueva pared.

—¡N-no he sido yo!! ¿Estás bien? ¿Te has herido?! — la voz de Sir Vértigo apenas le llegaba con claridad. —No puedo atravesarlo, no sé que está pasando. Tú aguanta.

—Estoy--

El fugaz retumbar de la piedra no fue suficiente advertencia para lo que vendría a continuación. La pared se acercó hacia Vermillion a gran velocidad; poco pudo hacer para reaccionar a tiempo. Antes de que le aplastara, la puerta tras de sí se abrió, de manera que, en vez de enviarle a la segunda dimensión, la pared le empujó dentro de la sala. Se cayó hacia un suelo lleno de papeles por la inercia.

—...N-no, no lo entiendes. No puedo recordar... nada... Mis recuerdos empiezan aproximadamente a los quince años.

Algo se revolvió en el estómago de Vermillion. Empezó a sentir asco por siquiera haber pensado en sacar aquel tema. Aun así, había algo en sus palabras que le sonaba. ¿Dónde había oído aquello antes?

—No... no lo sabía...

—No, no pasa nada, en serio. No tengo... nada que recordar así que... estoy bien. No creo que haya perdido nada, de todos modos...

El gélido viento volvió a soplar en aquel asfixiante balcón. Vermillion agarró su capa con los brazos cruzados sobre la barandilla. Sir Vértigo miró al cielo de nuevo. Años luz separaban sus mundos pese a estar a meros centímetros el uno del otro. Una punzada en la nariz de Vermillion hizo que le entraran escalofríos.

—Se está haciendo tarde, debería marcharme. — Y entonces, otra punzada. Esta vez en su cabeza. —Nos vemos mañana.

El asentir que siguió a su discurso le indicó que era hora de irse. No tenía razones para quedarse, a pesar de todo; supuso que quedarse únicamente haría que la situación fuera más incómoda.

No supo qué pensar de su repentina confesión. Era mucha información que asimilar, y Vermillion creía que él no debía haber sido a quien se lo contara. ¿Qué era lo que quería conseguir con aquello? ¿Estaba intentando hacer que bajara la guardia para que confiara más en él? ¿O a lo mejor solo quiso que se quedara para poder desahogarse después de todo?

Por mucho que quisiera, francamente no podía importarle un rábano. Todo el mundo tiene problemas, y él ya tenía por los que preocuparse. Aun así, su inhabilidad de calmar a la gente era algo de lo que no sentía orgullo. Quería cambiar pero... Para ser justos, acababa de conocerle, no quería ser metomentodo... *Pero...*

Tenía que intentarlo. No se perdonaría a sí mismo si perdiera la oportunidad. Justo al cruzar el portal hasta el pasillo, tragó saliva a regañadientes.

—S-si necesitas lo que sea...

—Qué cosas. Debería ser yo quien te diga eso, — se burló.

—¡Bueno, pues ahí te quedas, entonces! ¡¡Venga, hasta luego!! — hizo como si se fuera echando humo por las orejas hacia el pasillo mientras escuchaba a Sir Vértigo reírse tras de sí. Se imaginó que si fuera él el blanco de la broma al hacer de cascarrabias, haría suficiente contraste con su acto sincero como para arrancarle una carcajada. Lo que no esperaba era que su risa fuera contagiosa. Probablemente fuera la primera vez en años que alguien le hacía reírse tanto. Y entonces, otra punzada.

—¡¡Ni se te OCURRA volver a mencionarla!!

Antes de que se hubiera dado cuenta, había golpeado la mesa, haciendo rebotar varios documentos. Pese a llevar guantes, su puño ardía contra la madera; la libreta de Dutchess se salvó del porrazo de milagro. Ella pudo ver una faceta de Vermillion que jamás había visto. Aquellos ojos claros abiertos de par en par, las pupilas finas y menudas como las de un gato, un brillo tenue en la parte inferior de la irritada esclerótica. No hacía falta analizar nada más para llegar a la conclusión de que aquella era una mirada que pocas veces alguien le había sacado.

—¡Es cierto! — insistió —¡Desde que Rouge se fue, te convertiste en un monstruo! ¡Todo ha ido de mal en peor desde entonces! ¿Qué, es que ahora que no te tira de la correa ya no estás domesticado?

—¡Era peligrosa! ¡Tenía que irse antes de que atacase a--

—¡¡Comparada contigo era la persona más pacífica del mundo!!

—¡Tú solo la conociste cuando estaba comenzando! ¡Dios sabe dónde se encuentra ahora, seguro que tramando algo! ¡¡No tienes ni idea de cómo era en realidad!! — a Vermillion se le escapó un gallo al replicar.

—¡Al menos sé que era mejor persona que tú!

¿Mejor persona? ¡¿Rouge, mejor persona?! ¡No se lo podía creer! Se agarró el casco con ambas manos, codos en la mesa. A Vermillion le entraron ganas de reír. Lo hubiera hecho de no ser por el nudo en su garganta. Cada vez que dejaba su universo, se encontraba en el mundo al revés. Los fundamentos de su realidad chocaban con la realidad del mundo al revés, y eran contradictorios sin importar lo que hiciera. Siempre, *siempre* estaba en lo incorrecto. Uno de los papeles se manchó de maquillaje corrido.

—Se acabó la clase. Puedes irte a casa, Dutchess.

—¿Quedamos la semana que viene o...?

—¡¡FUERA!!

Su patético grito contrastó con la rapidez en que se levantó de su asiento. Agarró del brazo a Dutchess con brusquedad para llevarla a la salida; casi se cayó de la escoba. Al clavarle las garras, ella gimió de dolor, y por consiguiente le propinó en el abdomen codazo tras codazo con la esperanza de que la soltara. Vermillion ni se inmutó.

Cuando se hubieron acercado al marco de la puerta, la tiró hacia el pasillo. Antes de cerrar su despacho de un portazo, pudo ver el pálido rostro de su alumna una última vez.

Vermillion pasó unos segundos inmóvil, asegurándose de que Dutchess tuviera el tiempo suficiente para irse por su cuenta. Poco después, se volvió a agarrar el casco

como si le estuviera comiendo por dentro. Frustración y cólera corrían por sus venas mientras golpeaba todo mueble que entrara en su campo de visión. Hizo trizas decenas de documentos y libros, sus gruñidos entrecortándose gracias a su mucosa nariz.

Para cuando dejó de gritar y de poner la habitación patas arriba, ya le había ganado el agotamiento. El sudor hacía que se le pegase el pelo y la ropa a la piel, y tenía las manos y los pies para el arrastre. Exhausto, se sentó en el suelo como pudo y recogió sus piernas, acercándoselas al pecho. Se volvió a agarrar el casco por reflejo, no podía aguantar su dolor de cabeza. Más gotas negras cayeron, pero esta vez mancharon su falda.

---

## ESCENA QUINTA

*Los aposentos garzos. Entra EL AGRACIADO, arrastrando a EL MÁRTIR con dificultad. Cierra la puerta tras de sí y suelta un suspiro.*

EL AGRACIADO: ¡¿A quién le pareció buena idea que yo cargara contigooo?! ¡A mí, el ultimísimo de mi espléndido linaje! ¡¿Quién tuvo la ideaaaa?! ¡¡Buaaaaa!! (Solloza de mentira)

*EL MÁRTIR no responde pese a sus lloros. EL AGRACIADO se aparta la mano de la cara tras un rato parar mirar a EL MÁRTIR.*

EL AGRACIADO: (Deja de sollozar) Oye, sabes que sé que estás ahí, ¿verdad? No tienes por qué ocultarte; no me importa que no quieras hacer nada, pero al menos deja de hacer como que duermes, es realmente molesto. Deberías hacer un pensamiento y hablarle al resto sobre lo que tienes en mente en vez de espiarnos, ¿sí?

*EL AGRACIADO sacude a EL MÁRTIR en un fútil intento de captar su atención. Al ver que no surge fruto, EL AGRACIADO deambula por la estancia.*

EL AGRACIADO: ¿Me estás escuchando? No tiene gracia. ¡Para ya, me estás empezando a asustar! En serio, ¿por qué todo el mundo es tan irresponsable aquí? ¡¿Por qué me dejan aquí sin nadie más?! ¿Es que quieren que me encargue del plan por mi cuenta, es eso? ¡¿Tan mal lo están haciendo esos dos para ponerle todo el peso de la operación al más inexperto del equipo?! ¡Yo les maldigo! ¡¡A ese monje inútil, y sobretodo a su estirado guardaespaldas!! De no ser porque falló en su misión, no tendría que haberme encargado de dejar aquel regalito en la sala anterior. ¡¿Por qué nadie entiende que esta no es una tarea apropiada para míiiii?! ¡Les aniquilaré! ¡¡Les arrancaré todas las partes del cuerpo, comenzando por las pestañas!! ¡Luego vendrán los párpados, las aletas de la nariz, los labios, los

La imagen del retrato reapareció en la mente de Vermillion.

—¿No te sientes solo, al estar tanto tiempo aquí sin nadie más?

—Ah, bueno... Tampoco tengo tiempo para preocuparme por eso. La santidad de la Torre es lo primero, no la mía. Esa es la vida que decidimos vivir.

—No tienes por qué enfocarte todo el rato en tu curro, ¿sabes? Tipo, ya la has palmado.

—¡De eso nada! Es nuestro deber, he sido yo quien ha tomado la decisión de dedicarse a esta tarea. Ignorarla sería escupirle a la cara a los cimientos que nos enseñaron.

—No me refiero a dejar tu puesto sin supervisar, solo... ¿Relajarte? ¿Salir afuera un rato? ¿Dar un paseo?

—No.

Cabezonería era lo que emanaba de su voz, y Vermillion se sorprendió. Tan terco, tan entregado a la causa... ¿y para qué?

—Tío, no te va a pasar nada si sales de la torre cinco minutos y te centras en pasártelo bien de vez en cuando, — replicó casi pidiéndoselo.

—Mira quién fue a hablar. Mi rango no me concede el privilegio del ocio.

—Por favor, dime que te pagaron las vacaciones.

—¡Me llena de orgullo decir que ni una tomé!

Su razonamiento rozaba la idiotez. Ya no tenía nada más que defender, ni enemigos que batallar. Vermillion se preguntó si su rutina diaria nació por hábito o por interés genuino. De todas formas, los años de trabajo debían haberle agotado. Si *estaba* quemado, era bueno ocultándolo.

—Bueno, ¿y qué me dices del tiempo libre que te estás perdiendo? Como... ¡como cuando eras crío! ¿No echas de menos salir a jugar y olvidarte del mundo?

En el momento en el que terminó la pregunta, a Sir Vértigo se le secó la boca al instante.

—Pues... — Se quedó sin palabras, no supo qué respuesta darle. Tras reflexionarlo, suspiró derrotado. —No recuerdo ser un crío... así que no, no lo echo de menos.

—Ah... Seh, a mí también me pasa a veces. Apenas tengo recuerdos de cuando era bebé, jaja.

Vermillion esperó que sus palabras de buena fe remediaran la expresión entristecida de su acompañante. Sin embargo, su comentario gracioso no trajo la risa de nadie, solo alargó la distancia entre ellos.

la parte inferior del balcón, ¿verdad? No podía ser, la torre no era tan antigua para poder haberlas formado, ni tampoco tan húmeda. El denso olor a polen daba cosquillas.

Justo cuando estaba intentando averiguar qué objeto era el que estaba atascado en una de las estalagmitas, la luz de la luna alumbró su espalda. Pero la luna no apareció cuando se dio la vuelta.

—¿Está disfrutando de las vistas? — la calma de Sir Vértigo acompañaba su radiante presencia. —Ah, ¿le hemos sobresaltado con nuestro brillar? Ruego nos perdone.

Pues claro. Debió haberlo supuesto. Por eso la luz de la luna iba y venía.

—No te preocupes. —remarcó, relajando los hombros. —Y sí, está bonito. ¡Te quejarás, de donde yo vengo el cielo no se ve así ni queriendo!

—¡Me llena de dicha que le sea de su agrado! Debo coincidir con usted. Lo que daría para volver a mirar este cielo por primera vez. — la vista de Vermillion volvió a las estrellas mientras él se acercó a la barandilla de piedra. —Ha estado algo impaciente, ¿no? ¿Su curiosidad no pudo esperar hasta el alba?

—A ver, intentar *intenté* dormir, pero me quedé la noche en vela. ¡Cuando pille al inventor de las pesadillas! — Vermillion se mordió la mejilla. —Pensé que andar un poco me calmaría.

—Por supuesto, es lo normal. Siéntase libre de explorar por donde desee. Sin embargo, es una pena; estaba planeando en ser su guía, escribí una ruta para guiarle por estos lares, para que el invitado de Honor se familiarizase con esta gran Torre. Estábamos esperando a que llegara el alba para poder hablarlo con calma, con la ruta ya preparada. Me veo en la obligación de disculparme, pues nuestra misión no fue provechosa, teniendo en cuenta el poco tiempo que disponíamos.

—¿Eh? ¡Oh, no, tú tranquilo! ¡Que solo he estoy disfrutando las vistas! ¡Con todo el tiempo que has pasado aquí, seguro que te las apañas para hacer un tour en condiciones!

A decir verdad, Vermillion no sabía qué esperar de aquella conversación. Intentó con todas sus fuerzas aceptar sus palabras en el sentido literal. ¿Estaba intentando Sir Vértigo ser un buen anfitrión al fin y al cabo? Eso era lo que parecía, pero Vermillion no acababa de tragárselo. Todavía no. En aquel momento, lo único que pudo hacer fue mostrarle respeto y observar hacia dónde iría su relación anfitrión-visitante.

—Aunque no lo parezca, es mucho trabajo. Hubiéramos tardado menos en preparar el itinerario si contásemos con la ayuda de nuestros antiguos compañeros para que cuidaran de la Torre en nuestro lugar. En esencia, un caballero debe consagrarse al oficio de la restauración y la preservación.

lóbulos de las orejas, las uñas de los pies y de las manos, cada pelo de su cuerpo! ¡Tras eso, les haré a fuego lento para que se acaben de deshacer los lazos que unen su piel y carne, y entonces les pelaré cual manzana con el máximo cariño! Mientras sus corazones aun sigan latiendo, me aseguraré de arrancarles los ojos, los dientes, los sesos, las entrañas y la lengua para triturarlos y hacer una deliciosa salsa con un poco de agua y harina. ¡Como toque final, postraré sus desnudos cuerpos junto con una guarnición de verduras salteadas y acompañaré la exquisita salsa de unas dulces láminas de pera confitada mientras la sangre todavía emana de sus cuerpos! ¡¡Entonces serán capaces de comprender mi sacrificio, su sitio en la cadena alimenticia!!

*EL AGRACIADO se para en mitad de la sala, de espaldas a EL MÁRTIR.*

EL AGRACIADO: Y, pese a mis quejas, tú eres con diferencia la persona más competente de aquí. Se supone que vuelves cuando te necesitamos, ¿no? (Se vuelve hacia EL MÁRTIR) Entonces, ¿a qué esperas? Seré capaz de superar mi miedo a ti si es que tomas las riendas de la situación y me liberas. Entiéndeme, de veras que no quiero encargarme de todo a solas, así que hazme este favor, anda. ¡Aquella riña de antes no fue más que una broma, lo juro!

*EL AGRACIADO se pone de rodillas para estar a la altura de EL MÁRTIR, quien yace en el suelo inmóvil.*

EL AGRACIADO: ¿Qué? ¿Quieres una disculpa? Está bien. Lo siento por llamar a tus dotes de actuación pésimas. ¡Hala, listo, ahí lo tienes! ¿Vas a volver ahora? ¿Por favor? ...Sí que es difícil complacerte. De eso sí que te diferencias, también, de esos dos. Sé que eres temible, pero tu cometido también es proteger al caballero estrella, ¿no es así? Cuando apareces, brindas una estabilidad que solo tú puedes dar. En el momento en que estás en control de la situación, todo se arregla con muchísima más facilidad que con cualquiera de esos dos al cargo, o incluso conmigo. Eso debo agradeceréte. Y... también lo siento por no haberme dado cuenta antes. Aprecio lo que haces por nosotros. Si no vuelves, es porque crees que tu presencia no es necesaria, eso lo entiendo, pero no sabes cuan difícil es estar sin ti haciéndonos de guía. ¿...Te has enfadado conmigo? ¿Es por eso que no quieres volver? Lo siento, ¿está bien? Perdóname, anda. ¿Por qué no puedo hacer que cambies de opinión y vuelvas? Esto es muy injusto, ¿sabes? No sé qué más hacer. ¿A qué estás esperando? ¡Vuelve! ¿Quién a su sano juicio dejaría a un crío a sus anchas? (Agarra a EL MÁRTIR del cuello) ¡Eres tan cruel! ¡¿Por qué siempre tengo que ser yo quien esté solo?! ¡¡Yo solo quiero disfrutar de mi juventud, no estoy hecho para esta vida!! (Solloza de verdad) Dime, ¿qué es lo que hecho para merecer esto?! Puedo oír tu descabellada risa desde aquí, ¿lo sabes?! Sí... pese a que tu boca no emita sonido alguno, ¡tus carcajadas llegan sin problemas a mis oídos! Permíteme ser honesto: ¡no tiene ni pizca de gracia! ¡Te haré callar! ¡¡Os silenciaré a todos!! ¡¡Os arrepentiréis de mancillar mi gloria!! ¡¡¡Aaaaaaaarrrghhh!!!

LA VOZ DEL MÁRTIR: Buenas noches.

*EL MÁRTIR alza un solo dedo, y la respiración de EL AGRACIADO se entrecorta antes de que pueda infligirle daño. Se agarra del pecho y estira de su chorrera para aflojar la presión de su cuello, sin mucho resultado. Acaba cayendo al suelo agonizando al lado de EL MÁRTIR, un terrible sueño le invade.*

EL AGRACIADO: (Con dificultad) ¡¡Eso... es...!! ¡¡Ahí está...!! ¡Ese viejo... cascarrabias... que tanto he... echado... de menos...! (Sin aliento) Te lo... rue...go... Vuelve a... no...so...tros..., su...cio... pe...rro...

*EL AGRACIADO pierde el conocimiento.*

---

Al entrar, una vista familiar: la biblioteca de nuevo. Un vistazo rápido le hizo darse cuenta del desorden que había dejado el día anterior. ¿Habría venido él a limpiarlo? Era plausible, pero no había rastro alguno de Sir Vértigo.

De hecho, lo único que le llamó la atención fue el libro que se encontraba de pie en una de las mesas de estudio. Comparado con sus compañeros, tirados de mala manera en el suelo, era evidente que debía haberse puesto así adrede. Al acercarse se percató de que era un tomo de una colección de libros infantiles, los cuales normalmente enseñaban algún tipo de moraleja. Lo agarró y ojeó las páginas, obviamente estaba lleno de dibujos. Narraba la historia de un enmascarado que no podía cumplir con sus promesas, y cómo sucumbió a ellas al no ser responsable.

¿Qué estaba intentando decirle con ese libro? Si tan solo estuviera allí para preguntarle... Decidió mirar si había otros de la misma serie. No tardó en encontrar otros, pero por alguna razón el que había escogido era bastante diferente al resto. Ah, Vermillion se acordó, lo había oído con anterioridad en alguna que otra reunión. Al parecer, esa era una colección muy querida, tanto por niños como por padres: presentaba la posibilidad a los más pequeños de vivir aventuras muy diferentes a las de otros libros, con grandes riesgos y mucho conflicto, pero con la certeza de que el protagonista vencería. Pero en ese tomo el protagonista no salió victorioso, y eso asustó tanto a los niños que los siguientes libros bajaron el tono para que los padres siguieran comprándolos. Al final, los mismos niños que se enamoraron del Prestigioso Enmascarado se acabaron hartando de esa nueva versión, la veían demasiado infantil y aburrida.

En serio, menudos quejicas, pensó. Primero no eran capaces de soportar una sola historia con un gran conflicto, y después se quejaban de que no había suficiente conflicto. ¿Es que acaso no se podían escribir buenos libros?! Era todo culpa de las nuevas generaciones, eran demasiado débiles y se asustaban por nada. Elle a su

convencido de que, en esencia, nuestra finalidad es la misma. Acabará sucediendo tarde o temprano, ya sea por el invitado actual o por uno futuro. Le deseo la más mayor de las suertes en su ausencia. Estaré esperándole para cuando vuelva, pues como ya sabe este débil corazón es siempre suyo.

EL VEHEMENTE: Este viejo saco de huesos también es tuyo, amigo. Hasta más ver.

*Sale EL VEHEMENTE.*

EL MONJE: (Aparte, mirando el agujero en el suelo) Von Kavalier... está usted resultando ser un verdadero quebradero de cabeza. No importa, un desafío solo convierte nuestro deber en algo más interesante.

---

Un golpe seco contra frías baldosas indicó que su descenso hubo cesado. A Vermillion le estaba comenzando a cansar tanta caída; si siguiera así, acabaría dejando un agujero en el suelo. En un intento de ignorar el dolor, se levantó y asimiló su nuevo paradero.

Apareció frente a un largo pasillo, similar al que albergaba la habitación con la chimenea encendida. La única diferencia notable era que había un gran portal en la pared oeste del pasillo, pero únicamente se podía intuir su existencia por la luz de la luna que iluminaba la puerta de enfrente. ¿Quizá era un balcón? No lo pudo comprobar desde donde estaba. Llegó a la conclusión de que intentar abrir las otras puertas sería inútil, a Sir Vértigo no parecía gustarle dejarlas abiertas sin razón. Sin más dilación, decidió acercarse a la luz y mirar tras el portal de piedra. ¡Sí que era un balcón!

Al pisar la plataforma, las vistas le quitaron el aliento. Que todas las antorchas estuvieran apagadas permitió que se vieran todas las estrellas del cielo, si acaso con el brillo atenuado por las luces de los pueblos cercanos del valle. El viento fresco penetró en sus pulmones e hizo que su capa se izara con suavidad. Lo único que echaba de menos era la luna, pero asumió que a aquella hora del día seguramente se encontrara al otro lado de la torre. Una mirada a su cima confirmó que el satélite no pasaría hacia el lado oeste hasta dentro de unas horas. Qué pena.

Y entonces se dio cuenta. Aquello no tenía sentido. ¿Si la luna nunca se pudo ver desde allí, de dónde venía la luz que le atrajo? Quiso entretener aquella idea hasta llegar a una conclusión que le satisficiera, pero algo más captó su atención. En el suelo bajo el balcón, estalagmitas. Estalagmitas reales. Nada de pinchos o estacas, *estalagmitas*. En mitad de una *planura*. Ni de coña habían estalactitas colgando de

idea de la cabeza, de lo contrario podría interferir directamente con el plan. Y eso no es lo que quiere, ¿verdad? Porque usted busca lo mismo que el resto, ¿verdaaad? Estará dispuesto a usar todo tipo de herramientas con tal de cumplir con nuestro objetivo, ¿verdaaaaaad?

EL VEHEMENTE: No me malinterpretes. Quiero cumplir con el objetivo más que nadie, pero... No puedo evitarlo, con tan solo mirarle está claro que tiene miedo. Tan solo si...

EL MONJE: ¿Pero qué escuchan mis oídos? ¿Es remordimiento lo que estoy oyendo? Me agrada saber que sigue habiendo bondad en su corazón después de todo, mas este no es momento para sacarla a relucir. Escuche, entiendo cómo se siente, pero le prometo que este plan se creó teniendo en cuenta el interés común. Recuerde la particularidad de este visitado, la cual no tenía el invitado anterior a este. ¿Se acuerda del invitado de hace tres meses?

EL VEHEMENTE: Sí, el pobre hombre estaba despavorido... Por eso se le fueron dadas varias raciones. ¡Pero ese hombre salió de aquí sin complicaciones!

EL MONJE: ¡Eso se debe a que no teníamos uso para ese hombre! ¡Intente recordar, la composición de su persona! Lo que le diferencia a él de nuestro invitado es más que el alma.

EL VEHEMENTE: Es cierto, pero... no se lo merece. No se merece lo que le viene encima. Ojalá nunca me hubiera enterado de la trampa.

EL MONJE: (Pone su mano en el hombro del VEHEMENTE) Por favor, no se ponga así. Usted estará a salvo, así que no tiene de qué preocuparse.

EL VEHEMENTE: (Suave) Monje... ¿Hace cuánto que nos conocemos? ¿Veinte años? ¿Treinta? (Sostiene la muñeca del MONJE y ladea la cabeza) Desde que tengo uso de razón, tú siempre has estado a mi lado. Y lo mismo puedo decir, he estado siempre a tu lado. Valoro tu amistad como un sagrado premio, del cual no me desprendería ni por todo el oro del mundo. Eres uno de los pilares más inamovibles de mi ser. Es por esa razón que me parte el corazón ser parte de esto. No es demasiado tarde para que cambies de parecer, así que solo te pido que lo reconsideres sabiamente. Te conozco, y sé que puedes hacerlo. Hasta ese momento, me temo que he de abstenerme de cualquier actuación relativa al plan. Abrir el suelo para dejar caer a nuestro invitado de Honor no fue un acto para proteger el objetivo, sino para protegernos a nosotros. Todos los que haga a partir de ahora tendrán esa misma naturaleza, que pienses así de ellos o no es tu problema. No puedo seguir engañándole así. Lo mínimo que puedo hacer es protegerle del plan, de nosotros.

EL MONJE: (También con suavidad) ...Si así es su parecer, váyase libre de inquietud. Me entristece saber que no podemos contar con usted, pero no seré un obstáculo en su misión. Ambos podemos buscar métodos diferentes, pero estoy

edad ya estaba leyendo como hacer su propia arma. Por supuesto, los padres seguro que eran unos incompetentes también, esos críos deberían darles las gracias por no recibir palizas cada vez que se quejasen por palabras en un libro. Si hubiera sido elle quien se quejara...

Era inútil, entretener ese pensamiento solo le traería dolores de cabeza. Decidió dejarlo estar e irse de allí antes de enfadarse más. Al dar media vuelta y pasar por la entrada otra vez, se adentró en otra habitación distinta del pasillo. Un dormitorio amplio y lleno de estandartes. Vidrieras dejaban pasar la poca luz que quedaba en el exterior, la cama estaba deshecha. Vermillion jamás había visto un espejo que llegara hasta el suelo, así que se sorprendió al ver su reflejo al completo. En frente de dicho espejo había un escritorio, con varios libros apilados con cuidado. Solo había dos en el centro del escritorio: uno abierto, y el otro cerrado y atado con una funda de cuero. Pluma y bote de tinta azul se postraron al lado del libro con funda, el cual probablemente fuera un registro. Levantó el libro que ya estaba abierto y observó su portada: al parecer, se trataba de una obra que recopilaba todo el conocimiento hasta entonces conocido sobre diferentes e inusuales mecanismos automatizados. Nunca se hubiera imaginado un libro como ese en la torre, mucho menos en un dormitorio.

No sabía que a Vértigo le gustara tanto la mecánica. Porque... el dormitorio era suyo, ¿no? Tenía que serlo, dijo que no había nadie más en la torre hasta que vino elle... Le extrañó pensar que aquel sitio tan lúgubre y vacío una vez estuvo repleto de personas como él. Volvió a recordar el cuadro del pasillo y se preguntó si realmente se lo hubieran pasado tan en grande como él daba a entender. Pocas eran las veces en las que Vermillion pudo haberse sentido como parte de un grupo, así que le era difícil imaginar a compañeros de trabajo siendo más que eso.

Una vez probó suerte y salió con otros profesores de la academia para celebrar el inicio del verano. Decir que se lo pasó en grande sería quedarse corto, aquella fue una de las mejores noches de su vida. Con todo, su carácter empeoró cuando hubo llegado a casa. Comenzó a pensar que aquellas personas, que seguramente le describirían como amigue, eran insignificantes; y no sabía *por qué*. No entendía de dónde venía aquel brote de odio hacia la gente con la que estaba hablando ni siquiera media hora antes. Algo dentro de sí le estaba diciendo que había malgastado el tiempo con semejantes mentecatos. Le dolió la cabeza como nunca. No, sería mejor dejar estar aquella historia antes de que le devolviera la jaqueca. Por donde lo tenía abierto, daba la impresión de que Vértigo estaba a punto de terminarse el libro. Vermillion lo devolvió a su sitio y optó por inspeccionar el de la tapa de cuero. Solo miró la primera página para no intruirl demasiado en la intimidad del escritor, pero allí estaba la letra que tanto conocía. Una mano suelta había estado trazando entradas diarias, agrupadas por años. La mayoría eran la misma entrada una y otra vez pero en diferentes fechas. La cursiva en tinta negra parecía más bien una decoración sobre el papel ocre, daba gusto verlo todo ordenado y con tan buena caligrafía.

Sin embargo, un aire de melancolía embadurnaba aquella página. Estaba claro que ya había visto alguna de sus notas que dejaba por ahí, pero, por alguna razón, se sentía como si estuviera pasando algo por alto. Atacade por el déjà-vu, intentó recordar dónde, a parte de en la torre, había visto una caligrafía así antes... No, lo que estaba buscando era algo diferente. Una letra completamente opuesta, pero el mismo formato. Una manera de expresarse parecida, pero no idéntica. Los mismos márgenes a los lados, el mismo espacio entre líneas. La misma dificultad para mantener el libro abierto. Giró el cuaderno para mirarlo desde arriba, las últimas hojas habían sido arrancadas.

Vermillion se mordió el labio. Volvió a abrir la primera página y se fijó con detalle. Presionó el pulgar contra las hojas del cuaderno para avanzar con rapidez por él. Con tal movimiento, no tuvo oportunidad de leer lo que había escrito, pero le traía sin cuidado. De todas maneras, el contenido no era importante. Acto seguido, miró el bote de tinta. Titubeó.

Los colores no coincidían. No era con exactitud la diferencia que estaba buscando, pero ahora que la había notado no podía pasarla por alto. Si se parara a pensar, el tintero del cajón en su habitación también tenía tinta azul. Entonces, ¿qué estaba haciendo ahí ese texto en negro? Rebuscó entre los cajones del escritorio hasta encontrar uno hasta los bordes de botes de tinta. Cada uno contenía un líquido con un color diferente al anterior, y todos tenían signos de haber sido usados.

¿Por qué necesitaba tantos colores? ¿Era acaso artista? ¿El retrato de los caballeros fue obra suya? No, la tinta y la pintura eran medios diferentes, las probabilidades de que fueran la misma persona eran escasas; y además, no llegó a encontrar ningún pincel con el que usar la tinta, solo la pluma del escritorio.

Fue al dejar de examinar un bote de tinta roja cuando notó que el cajón escondía algo más. Debajo de los tinteros, se hallaba una superficie lisa, oscura. Sacó los botes, procurando no romper el cristal y mancharlo todo de tinta, para poder acceder a dicho objeto. Otro cuaderno más, este machacado por el tiempo y buen amigo del polvo en el fondo del cajón, ahora vacío. No tenía ninguna protección especial, y daba la impresión de que se desvanecería de un soplo. Coloridas manchas embadurnaban la portada.

---

## ESCENA SEXTA

*Los aposentos de la CARNE DE CAÑÓN. EL BUITRE rebuscando los cajones de un escritorio hasta que encuentra un viejo cuaderno.*

*Entra EL VEHEMENTE.*

EL VEHEMENTE: (Aparte) Pobre criatura, se le nota a kilómetros, esa enfermedad suya... Ciertamente, me diste un buen susto al reaccionar de aquella manera a mi imagen, aunque solo fuera durante un pestañeo. Es esa misma enfermedad la que te ha obligado a venir a nuestra morada, ¿no es así? Te entiendo. Poco se puede hacer ante ella, créeme. Es por eso mismo que comprendo tu afán, y por lo que no puedo permitir que sigas más tiempo husmeando por estos lares. Es una lástima, pero te pido que entiendas mis razones; si no ahora, al cabo de unos años te invito a la reflexión. Nadie está preparado para saber lo que ocultan esas páginas, ni nadie nunca lo estará, de eso no tengo duda. Esto es por tu bien. Perdóname. (Chasquea los dedos)

*El suelo cede a los pies del BUITRE y cae antes de poder abrir el cuaderno. EL VEHEMENTE lo coge en el aire con su mano derecha y lo devuelve a su sitio con arrepentimiento.*

EL VEHEMENTE: (Suspira) Sé que estás ahí. Sal, anda.

*Entra EL MONJE.*

EL MONJE: Una sabia decisión, amiga. Su acto me enorgullece, ha sido todo un honor ser testigo de su proeza.

EL VEHEMENTE: Ojalá no tuviéramos que llegar a esto.

EL MONJE: Es imprescindible, me temo, en tanto que enseñarle ese texto cuando todavía queda duda en su corazón sería insensato. Tan solo empeoraría las cosas, y ya hemos sacrificado bastante para cavar nuestras propias tumbas.

EL VEHEMENTE: ¿Pero no hay problema si cavamos la suya?

EL MONJE: ¿Qué es una tumba para un ser viviente sino el destino? Es nuestra oportunidad, ¿es que no lo ve? Todo valdrá la pena cuando todo esto acabe, se lo prometo. De todas maneras, ¿qué le ha dado últimamente? ¿Acaso ha intentado contactar con elle de forma directa?

EL VEHEMENTE: (Mintiendo) No.

EL MONJE: Debo recordarle que si quiere hacer algún avance ha de comunicarlo al resto, ¿de acuerdo? Por supuesto, le creo, pero solo se lo recalco por si llegase el momento. Bien, hay que seguir adelante. Faltan pocas horas para el amanecer, y más distracciones no son necesarias. Tempus fugit, hay que aprovechar cada oportunidad antes de que nos pille el toro.

EL VEHEMENTE: ¿Tú crees que sería capaz de entenderlo? (EL MONJE se mantiene en silencio) ¿Que podría comprender nuestra situación? ¿A nosotros?

EL MONJE: ...Bueno, eso no es de su incumbencia, francamente. No tiene por qué saberlo, de todas maneras es solo una herramienta para nosotros. ¿Qué más le daría? Que se meta en sus propios asuntos, ¿no? Debería ir quitándose usted esa